El deseo homosexual

Guy Hocquenghem

PRÓLOGO DE RENÉ SCHÉRER

Terror anal

Beatriz Preciado



www.melusina.com

Diseño gráfico: Jordi Llobet

Ilustración de cubierta: O.R.G.I.A.,
Organización Reversible de Géneros Intermedios y Artísticos,
(Sabela Dopazo, Beatriz Higón, Carmen Muriana
y Tatiana Sentamans), *El jardín de las delicias* (2009).

Primera edición, 2009

Fotocomposición: Víctor Igual, s.l.
Impresión: Romanyà Valls, s.a.

isbn-13: 978-84-96614-51-2
isbn-10: 84-96614-51-4

Depósito legal: B-16.708-2009

Impreso en España

Contenido

Prólogo
Un desafío al siglo

Este libro es histórico; hace época. Una época en lo que se denomina el reconocimiento social y político de la homosexualidad. Ha contribuido, quizá sin provocarlo de manera directa, a que la homosexualidad ya no sea contada como una patología sexual que debe ser curada. Sólo por ello, merece ser reeditado y leído.

1972 es el año en el que los homosexuales empiezan a darse a conocer, a manifestarse, a manifestarse como tales. El comienzo de una gran ola que barrerá, en la mayor parte de los países de cultura europea, la reprobación que pesaba sobre la homosexualidad, el silencio prudente y púdico del cual se rodeaba.

Este manifiesto inaugural, precursor, afirma y anticipa ideas que serán las del siglo, planteamientos de casi toda reflexión, evidencias: que la homosexualidad no es una enfermedad; que no forma una categoría sexual bien definida, sino que recubre un conjunto de conductas variables, intercambiables; que no hay un tipo «homosexual», y que las «singularidades» que lo caracterizan pueden encontrarse en cualquier otro individuo que no se declara homosexual; en todo caso, que la separación «activo» y «pasivo» se ha vuelto obsoleta y ridícula, como la distribución entre hombre y mujer, como la atribución de la pasividad a lo femenino y de la actividad al carácter varonil.

Todas estas combinatorias penosamente elaboradas, estos esfuerzos de etiología clínica, *El deseo homosexual* los hace inútiles, vanos ejercicios escolásticos, viejas lunas. Al cambiar de mirada,

al poner el deseo polimorfo en el centro e intimar a la vez su tiempo para mirar de frente a los homosexuales y al escapar del silencio al que constriñe a los homosexuales su vergüenza, marca una época, habla para una generación a la cual no dejamos de pertenecer.

Libro, pues, que compete a la historia de una idea y de un movimiento. Y, en este sentido, un libro datado, inseparable de las circunstancias de su publicación, de esta emergencia de un movimiento francés, europeo, mundial. Pero también un clásico. Es decir, un texto que se separa de esta historia y nos llega, no sólo como testimonio de un pasado cumplido, sino como la formulación de cuestiones, de múltiples cuestiones, de un problema que no ha acabado de solicitarnos, de atormentarnos. Pues, si la homosexualidad es, de una cierta manera, vista como un modo admisible de vida, podemos decir que, nosotros, el siglo, nuestro siglo que se acaba, no hemos acabado con ella.

¿Por qué hablar de homosexualidad, dirán algunos, por qué irse a defender la existencia original de un deseo homosexual que no sería patológico y que podríamos reivindicar sin hacernos ridiculizar ni proscribir?

Ahora la homosexualidad tiene buena prensa. Se evoca por todas partes a cielo abierto. Hace buenas emisiones de radio y de televisión, supone un buen comercio. Incluso es políticamente correcto inclinarse ante ella. Los maderos la respetan, aunque sólo la tocan con la punta del dedo; y nunca, al menos directamente, la incriminan.

Todas estas luchas, estas defensas, este lenguaje que utiliza Guy Hocquenghem polemizando con el psicoanálisis, encomendándose a *El anti-Edipo* de Deleuze y Guattari, refiriéndose muy explícitamente a los movimientos de 1968 y de un partido comunista aún bajo la obediencia de Moscú, este uso del vocablo «revolución» que la sociedad contemporánea entiende, en su casi totalidad, con dificultad, ¿no está superado? ¿no es eso otra historia? Hoy en día, no es esto lo que importa. Lo que importa es, al parecer, por parte de los que no son homosexuales, jóvenes o no, mostrar la mayor indul-

gencia, o más bien la más perfecta indiferencia para con aquellos que lo son —«homosexual, muy bien, esto le atañe a él, no es mi problema sino el suyo»— y, por parte de aquellos que lo son, si se proclaman, se reivindican como tales, lo que importa es saber si se llamarán preferentemente *gays* o *queers*, si vivirán o no como pareja estable. De todas maneras, ya se sabe, ni siquiera es esto lo que se nos solicita sino los problemas mucho más concretos de la enfermedad, del empleo y de la vivienda. El sexo, el deseo parecen estar ya en el segundo plano de las preocupaciones de la generación que viene.

¿Entonces qué interés puede tener un libro sobre el deseo, encima sobre el deseo homosexual, y en una perspectiva polémica, militante? Si se admite que existe, ¿por qué deberían justificarse los que son animados por él? ¿Por qué los que no se ven afectados deberían preocuparse por él, puesto que ya está bien establecido que aceptan, para los otros, su existencia?

Para los otros, sí; y quizá esté ahí el punto de enganche, el punto central, el desfiladero por el cual hay que entrar en este deseo; entrar en este libro escrito hace más de treinta años, por un chico enfadado, apasionado y mordaz. Este otro justamente. Este otro entre «nosotros». No hablo de mí, su amigo, ¿me atrevería a decir su «amante» de entonces? sino de este *otro* que son todos los lectores potenciales. Puesto que este libro, este panfleto valiente y mordaz de un chico de veinticuatro años, no se dirigía a los homosexuales en particular, aunque tuviera la intención de despertarles, y a la vez, de fustigarles en lo que se refiere a su vergüenza, a su aceptación de todos los prejuicios de una sociedad que les dejaba fuera. Estos homosexuales avergonzados, que aceptaban todo lo que estaba hecho para interpretarles, explicarles desde la mirada de los otros. Estos otros, es decir, los dominantes, los mayoritarios, los «nosotros». Pues eran ellos quienes eran otros, constitucionalmente, de forma irremediable, excluidos del deseo.

Guy, radiante, mordaz, feroz, se adueña de esta alteridad constitutiva. La vuelve y se hace un arma con ella.

Y la primera frase es el ataque que marca la tónica: «Lo que causa el problema no es el deseo homosexual sino el miedo a la

homosexualidad». Sois vosotros, los que tenéis miedo, los que están atrapados en una psicosis o los que son neuróticos, no soy yo, no somos nosotros. He aquí el problema. Lo demás, los largos análisis, las largas demostraciones extraídas del lenguaje de las luchas de entonces, de los adversarios de entonces, de las armas que se forjaban contra aquellos que querían rechazar la homosexualidad y este deseo tan fuerte —tan a menudo compartido pero universalmente condenado— de tener derecho de entrada en la sociedad, nos parece de poco peso; importa menos que ese tono, que ese estilo iracundo que da a una argumentación severa —necesariamente cargada de términos clínicos en la que, durante más de un siglo, se ha encerrado a la homosexualidad— el aspecto del entusiasmo.

Debo retomar el hilo: ¿es verdad que el contexto de entonces importa menos? Incluso sólo como advertencia, *El deseo homosexual* tiene el gran interés de poner bajo nuestros ojos los términos en los cuales la homosexualidad, en 1970, era tratada, en el sentido de una enfermedad o de una discapacidad, culpabilizada, prohibida de palabra. De volver a recordar la actitud de una psiquiatría responsable, como motivación secreta del legislador, de este estado de cosas; en especial la responsabilidad del psicoanálisis que no ha dejado de castigar, incluso entre nosotros. No me es posible entrar en los detalles que se leerán en el texto. Sin embargo, me gustaría, como preámbulo a toda lectura, precisar a propósito dos cosas: primero, que Guy tiene cuidado en diferenciar la obra y el pensamiento de un Freud aplicado en sacar el carácter finalmente «normal» de la perversión, universalmente compartido, de sus epígonos, del «psicoanalismo»; luego que, sin embargo, había que acabar con esta liberación del deseo que Freud descubrió, aunque esté aprisionada más que nunca bajo la ley familiar del «complejo de Edipo». De ahí la ambigüedad de Freud. La necesidad de una franca ruptura con todo sistema de interpretación. El deseo homosexual no necesita de una búsqueda de sus causas, como si fuera una desviación o un bloqueo. Es *el* deseo homosexual que no es, en su inmensidad, su polivalencia, inmovilizable sobre un único objeto.

Que justamente el *objeto* no basta para definir el deseo. Por eso, y es evidente, no hay que leer este libro como un libro de sexología, ni tampoco como un libro que atañe específicamente a los homosexuales.

En este sentido, sí es perfectamente inactual, en tanto que está muy alejado de las preocupaciones contemporáneas, que siempre se quedan cortas, preocupadas por clasificaciones precisas, por divisiones que responden a una lógica binaria, de investigación o de interrogación que aborrece. La idea central, directiva, aquello por lo cual todo gravita alrededor, el «pivote», para emplear una palabra de Fourier, no es un deseo específico del homosexual; es *el* deseo por el cual la homosexualidad es menos la calificación de una elección particular que la puerta de salida hacia afuera de las limitaciones en las que se encierra por culpa de las coacciones, de los estrechos desfiladeros por los que debe de pasar desde la infancia.

Desde luego que es completamente *inactual* esta idea de pensar la homosexualidad a partir de la infancia, de replantearse, a favor de la homosexualidad, toda la razón de ser de la «civilización», de la educación. De comprenderla a partir de la evacuación, por el lenguaje y las instituciones políticas, de una sexualidad confinada, bajo sus formas más conservadoras, en el ámbito tradicional de la pareja heterosexual y de la familia.

A partir de la infancia... pero no se trata en absoluto —compréndase bien— de proponer una nueva génesis a la manera psicoanalítica (un «estadio», una fijación provisional que debe ser abandonada en la edad adulta), sino de reconocer, desde la infancia y al niño, un deseo plenamente formado, legítimo y con derecho a su ejercicio. Y el libro denuncia —entre líneas, lo concedo, pero de manera contundente— a propósito del recubrimiento del deseo por el discurso político, este abuso que consiste en negar al niño, al menor, el uso del placer, en nombre precisamente de una minoría (de edad) que le esclaviza («¡y si nosotros queremos ser corrompidos!» hace decir Guy a sus menores «protegidos»). ¡Sí! El deseo homosexual es, ante todo, cuestión de infancia.

Inactuales estas ideas, pero en el sentido que Nietzsche hizo famoso, el de *Consideraciones inactuales* o *intempestivas*, tan poco acordes con nuestra mentalidad presente como molestas.

Esta actualidad asegura una validez de los análisis de Guy Hocquenghem mucho más allá de las circunstancias de su escritura. Pues nos despiertan del sueño provocado por tantas certezas beatas en torno a una democracia por fin alcanzada y a una tolerancia generalizada.

El deseo homosexual les ataca y corroe sobre varios puntos de los cuales —para guiar la lectura— retengo tres esenciales.

Hay tanta «naturalidad» en el deseo homosexual como en el heterosexual; lo que es, hoy en día, casi siempre admitido. Pero sobre todo —lo que ahí obstaculiza nuestra manía clasificatoria— el deseo se burla de las identidades sexuales porque no le importan. Es la educación, familiar, edípica, la que repliega al individuo en la búsqueda de una identidad, escindiendo y castrando el deseo.

Paradójicamente, es el psicoanálisis, que reserva el único deseo normal a la heterosexualidad, fundadora del orden humano, de la naturalidad de la pareja, de la familia, el que otorga a la homosexualidad la gran función de socialización. Es ella la que forma el grupo, lo social. ¡Pero cuidado! La homosexualidad no sexualmente efectiva, sino «sublimada». Guy Hocquenghem se apropia de este reconocimiento, de esta confesión importante, fundamental. Le toma la palabra pero plantea la cuestión: ¿por qué sublimado, desexualizado? ¿No habría en la homosexualidad activa, por el contrario, la vía de una socialidad, de una generosidad hacia el otro que la heterosexualidad exclusiva asigna a la pareja recogida, de manera egoísta, en sí misma? El sofisma psicoanalítico consiste en transformar en exigencia absoluta, incondicional, una represión de la parte sexual del deseo para que haya socialización. Sólo garantiza la supremacía masculina, la del hombre-objeto, sobre la mujer-objeto. Esta ley no es otra que la del falocentrismo; la pirula que hace gravitar toda la sociedad humana y su sentido en torno al *falo* (este «significante mayor» que la interpretación estructuralista de Jacques Lacan acababa de inventar y que pesca con elocuencia *El anti-Edipo*).